



LO DE OLIVENZA

Los pleitos nacionales, o mejor dicho, la guerra civil social que se está librando en España va adquiriendo caracteres tales y tan agudos, que las cuestiones internacionales quedan para nosotros, los españoles, en segunda línea hoy.

Así el discurso del conde de Romanones en que habló de las alianzas internacionales que debe contraer España no ha tenido la resonancia que debiera, porque en él habló muy poco y muy por alto y muy de pasada de esa guerra civil social, de que el conflicto entre obreros y patronos en Barcelona no es más que un episodio. Y a la vez esa guerra civil es lo más internacional de hoy. La eficacia o ineficacia misma de las alianzas que propugnó el conde de Romanones depende de su reflejo en la cuestión social, de la presión que sobre la política nacional haga la internacional. Y la política nacional se cifra y compendia hoy en ese problema, en el que plantea el fracaso de la Comisión mixta de obreros y patronos de Barcelona.

Y en estas circunstancias se le ocurre a nuestro buen amigo el doctor Bernardino Machado, ex presidente de la República de Portugal, lanzar en el Parlamento portugués la vieja y ya olvidada cuestión de la plaza de Olivenza y pedir que España se la devuelva a Portugal, de la que fué en un tiempo. Ocurrencia a que apenas si se le ha hecho caso ni aquí, en España, ni en Portugal, ni aun suscitada por un ex presidente de República, y no se le ha hecho caso porque a nadie le importa eso.

En Portugal, lo puedo asegurar, eso de la devolución de Olivenza interesa muchísimo menos que aquí la devolución de Gibraltar; no interesa nada. Y es que el caso es muy diferente. Porque así como es indudable que geográficamente Gibraltar está incluido en España, la frontera hispano-portuguesa—o luso-española para que no se nos moleste Bernardino,— por la parte de Olivenza, no es, geográficamente, nada tan claro como lo es en el Miño, verbigracia, o en parte del Duero. Pero hay más.

No hemos de entrar, en efecto, en la historia del pleito de lo de Olivenza. Eso es ya arqueología y no historia viva. Olivenza no es tierra irredenta portuguesa, y no lo es porque los naturales y vecinos de esa ciudad, hoy española y extremeña, no sabemos que tengan el menor deseo de hacerse portugueses. Si, conforme a los principios de la flamante Liga de Naciones que invocará Bernardino, los pueblos tienen derecho a elegir su gobierno y se somete el pleito a un plebiscito, en la ciudad de Olivenza estamos seguros que optan hoy, hasta los republicanos de ella, por seguir siendo del reino de España y no de la República de Portugal. Que no se haga ilusiones Bernardino, que mira con recelo hoy a España, y no por ser España, sino por ser reino, por monárquica más que por española.

Y en esto último no le falta razón a nuestro buen amigo el ex presidente de la República portuguesa. Bernardino sabe, y lo sabe muy bien, que el reino, la monarquía de España, ha estado conspirando contra la República de Portugal, no

se sabe bien si en provecho propio o a favor de la dinastía de Braganza. Bernardino sabe que hubo momentos, en vida y gobierno de Canalejas el más agudo, en que el reino de España, apoyado y azuzado sin duda por el imperio de Alemania, por el kaiser, estuvo a punto de invadir Portugal, lo que habría provocado unos años antes la última gran guerra europea. Y lo que el kaiser se proponía. Asunto éste de la invasión proyectada de Portugal que explica la innegable germanofilia durante la guerra de las más altas esferas de la dirección política del reino de España.

Lo que no sabemos si sabe o no Bernardino es que a los sidonistas portugueses,

a los de las Juntas de Defensa militares de Portugal, que eran una misma cosa, con los monárquicos, se les quiso proveer de armas de aquí, de España, y de armas que pertenecían al reino de España, y que en este fregado anduvo el ex oficial del ejército español y ex diputado a Cortes carlista Sr. Lorenz. Y conste que si hablamos de las Juntas de Defensa militares de Portugal, de las que dieron el golpe de Estado de Sidonio Paes, nada decimos de las Juntas de Defensa militares de España. Y esto aunque tengamos nuestras sospechas respecto al carácter internacional, y en un cierto respecto masónico — de una masonería profesional — de éstas. No, no hemos de hacernos eco de rumores que a nosotros han llegado respecto a compromisos internacionales, de neutralidad o de lo que sea, de estas dichas Juntas. Pero que sean aquí una institución puramente nacional y no más que para fines nacionales fundada tampoco lo creemos. Y esto aunque lo ignoren los más de sus asociados. ¿Pero qué suele saber la mayoría, ¡pobrecilla!, de una comunidad de los fines de los que la dirigen? ¿Sabrán todos los jóvenes turcos—turcos y atudescados—los fines todos de la asociación Unión y Defensa a que pertenecen?

Sí; comprendemos la enemiga de Bernardino al reino de España, a nuestra monarquía. Sabe de sobra cómo se ha portado con la República de Portugal. Como comprendemos la hostilidad de políticos portugueses republicanos a las Juntas de Defensa militares de España, hostilidad que hemos podido comprobar. Es un recelo muy justificado por cosas que ellos deben saber. Las apariencias al menos...

Pero esos justos, justísimos recelos del ex presidente de la República portuguesa contra el reino de España y contra el militarismo atudescado nada tienen que ver con el arqueológico pleito de la ciudad de Olivenza. No es la devolución de esta plaza lo que la República portuguesa debe pedir como garantía de que el reino de España no volverá a conspirar, de un modo o de otro, contra ella.

Miguel de UNAMUNO.

